

CARLOS PARÍS: *Unamuno: estructura de su mundo espiritual*. Ed. Península  
Barcelona, 1968.

Sobre Don Miguel de Unamuno se han escrito una gran cantidad  
de ensayos, libros, tesis, etc. Toda su vida, su angustia existencial, su

españolismo rayano en lo místico, su poesía, sus ensayos, todo, todo ha sido analizado, comentado, recorrido, criticado, juzgado, olvidado, reprimido, exaltado y hasta trivializado. La existencia de Unamuno en manos de los "eruditos" se ha desangrado al punto de hacer de él un necesitante de justificación teórica. Los conjuntos de trabajos sobre este pensador nos pueden hacer olvidar que su pensamiento fue hecho con las manos, amasando de a poco el tiempo, su tiempo, su vida, su cuerpo.

Unamuno mismo parece escapar de todo análisis sobre su obra. Evade todo encajonamiento esquemático como un agudo enfermo de claustrofobia intelectual. Se escurre del tratamiento temático. Su vida no ha sido nunca un tema. Carece de sistema filosófico, y en su lugar coloca el rigor, un rigor de carne y hueso.

¿Dónde comienza el Unamuno pensador y termina el poeta? ¿Cómo diferenciar al especialista en pajaritas de papel —que intentó hacer de esta especialidad ciencia (cocotología)— del filólogo Unamuno? ¿Cómo bloquear y encerrar en una cárcel sistemática esa pasión de vida que lo constituyó? Una vez más lo paradójico juega el juego de lo inalcanzable. Como si el alma humana tuviera peces que nadan en la niebla y el hombre tratase de tender redes para rescatarlos. Pareciera que el pensamiento entero quisiera rescatar a Unamuno y éste se filtrase por entre los insterticios del análisis y continuara acosando su propio camino existencial.

Hay una canción argentina que dice en su copla: "Cuando se abandona el pago, tira el caballo adelante y el alma tira p'trás". ¿Caballo y jinete, cómo distinguirlos en la existencia? He ahí la paradoja: salir con lo que estamos hacia la encrucijada del tiempo, salir con el pensamiento hacia el desierto más allá del aljibe seguro, existir.

Unamuno sale a domar el tiempo. Sale a cabalgar a España. Porque fundamentalmente Unamuno es un pensador no extranjero, es español. Lo extranjero en cuanto tal implica extrañeza, es lo extraño. Todo lo extraño comporta una actitud a asumir, una actitud dentro de la cual el exterior pone el acento sobre la conducta. Tanto el espacio como el tiempo son ajenos en el extranjero, y por tanto aparecen como distintos, novedosos, diferentes.

Pero ese constante aparecer en derredor de lo extraño potencia el recuerdo familiar, el recuerdo de aquello que está detrás de lo novedoso, el lugar hacia donde el alma tira pa'trás. En el país extranjero (país no sólo en sentido geográfico sino también existencial) el alma

quiere volver a lo entrañable, reclama su propio cuerpo. En el extranjero el hombre extraña, y extraña porque se encuentra ausente de lo entrañado. Se entraña la extrañeza.

El estar ausente de lo entrañado patentiza el lugar patrio. La patria es la región —la entrañable región— donde la realidad tiene destino.

El pensar de Unamuno es un pensar entrañado en su patria. Entraña a España. Pero el entrañamiento sólo se patentiza al salir de él. Hay que salir a buscarlo en el mundo. Este salir de sí mismo hacia el desierto hace del hombre un ser expósito. Siempre el hombre es un ser expósito, afirma Unamuno. Existir es vivir en la tensión de lo entraño y de lo extraño.

El ser expósito es la expresión de esta tensión. Es el exilio desde nuestro territorio hacia el horizonte extranjero. Ese exilio es la raíz de la extrañeza.

Lo entrañable en el hombre, como su nombre lo indica, no es su pensar sino lo corporal. Lo visceral. La digestión de este modo de vivir da por resultado ese modo concretizante de pensar, ese entrañable modo de pensar que expresa: "como, luego existo". Unamuno es el pensador de lo entrañable, por eso a todos nos "extraña" que su obra sea tan propia de él y al mismo tiempo tan nuestra. Unamuno busca no ser un extranjero y para ello tiene que salir con su cuerpo de la mano hacia lo extraño.

Carlos París hace un hermoso libro sobre el pensamiento unamuniano. ¿Qué es Unamuno?, se pregunta. "Unamuno es Unamuno", responde, ¿y es que hay acaso otra respuesta? Unamuno es Jugo de la Raza, es el habitante de la padre "matria" universal, de ese suelo común que nos lanza y nos entierra, es la búsqueda hacia el territorio del tiempo entraño, la metafísica nivolidada, es el escritor que calla y que al mismo tiempo escribe copiosamente como recurso de la impotencia ante la muerte. Está en su país y en lo extraño, ¿pero dónde está realmente? ¿Dónde encontrarlo? Unamuno vive la paradoja.

París nos descubre el sendero para hallarlo, afirma en el prólogo: "Con su ultimismo Unamuno se sitúa más allá de las modas, no sólo en la desnudez, sino en la entraña, en el tuétano de lo humano".

Para hallarlo pues, hay que practicar una gran incisión en nuestro pensamiento y trabajar sólo con la médula del mismo. Unamuno odiaba a Hegel y a su manera fue hegeliano, sentía a España borbotear en su corazón y nació universal, fue un ateo creyente y un creyente ateo. Rubén Darío afirma en el prólogo a sus poesías que fundamentalmente es Unamuno poeta. París nos ofrece una aguda respuesta tautológica.

Paradójicamente frente a lo opuesto tensional de toda la existencia unamunesca lo cualificable es una relación de identidad: Unamuno es lo unamuniano. Esa trabazón inconciliable, heraclitéana tomista y española que hacen de un hombre un santo y un hereje.

¿Qué busca París en Unamuno? "Este libro, que partiendo del intento de estudiar la antropología de Unamuno ha ido experimentando un ensanchamiento creciente, aspira finalmente a un planteamiento total de Unamuno en cuanto pensador". El intento del libro es, pues, recorrer el pensamiento del filósofo.

Todo lo que se recorre cursa un curso. El libro es un curso sobre Unamuno, un muy buen curso. Con la precisión de un buen epistemólogo va desgranando el recorrido evolucionista a través del caleidoscopio intelectual del pensador vascuense. Intelectualmente no es posible otro tratamiento, sin embargo el libro tiene la gran virtud de ser lo suficientemente elástico y no encasillarse en el puro sistema de estudio ocultando al propio pensador, muy por el contrario, París aprovecha una y otra oportunidad para dejar pasar el chorro de calor que emana del estudiado. Los párrafos de Unamuno se anudan y se vierten en la arquitectura de la obra de París. Los recodos fundamentales por donde Unamuno anudó su pensamiento son anudados y relacionados en este libro, por ejemplo, la estrecha relación entre el pensamiento de Teilhard de Chardin con el de Unamuno.

La obra de Carlos París es un buen intento para comenzar otra vez a pensar lo unamuniano unamunianamente, es decir, instar hacia el recorrido al que una vez salió hacia el desierto en busca de una tierra mesiánica.

"Y sigo al pie del sauce mirando correr las aguas, entre pescadores de caña que pescan su cena con ellas, a espera yo de que pase una cuna y en ella un niño dormido, y ese niño sea el Moisés que sacándolo de las ollas egitanas nos lleve al desierto, donde Dios nos aguarda, y de él a dar vista, en una mañana de gloria a la tierra de promisión". (La Cultura Española en 1906 — T. V O. C.).